



Comunicar

ISSN: 1134-3478

info@grupocomunicar.com

Grupo Comunicar
España

Cárdenas Muñoz, Andrés
¿Tenemos la televisión que nos merecemos?
Comunicar, núm. 7, octubre, 1996
Grupo Comunicar
Huelva, España

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=15800716>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Temas

¿Tenemos la televisión que nos merecemos?

Andrés Cárdenas Muñoz

Tras contar un caso real sucedido en Granada, el autor de esta colaboración expone la necesidad de que, al menos, las cadenas públicas ejerzan una labor educativa y de información-formación, que supere las posturas maximalistas de quienes consideran exclusivamente a la televisión como un medio de evasión y aquellos otros que optan por asignarle sólo el rol de la elevación cultural de la sociedad. En definitiva, se propone en esta reflexión la trascendencia social de la televisión como medio que ha de cumplir misiones de entretenimiento, información y educación.

Hace poco tiempo un «suelto» en un periódico indicaba las movilizaciones que habían tenido lugar en un pequeño pueblo del norte de la provincia de Granada, a causa de los problemas surgidos en un repetidor de televisión que había dejado sin señal de las cadenas privadas -Antena 3 y Tele 5- a varias localidades de la comarca. La indignación era tal que los vecinos estaban dispuestos a manifestarse delante del Gobierno Civil de Granada o donde hiciera falta, según un portavoz de los amotinados. A la rebelión se habían sumado todos: trabajadores, amas de casa, dueños de bares, concejales, maestros, alumnos... Era indignante que en el umbral del siglo XXI todavía hubiera pueblos que no podían ver algunas cadenas de televisión, según el citado portavoz. La manifestación se llevó a cabo en el pueblo una lluviosa mañana de febrero. Acudió prácticamente todo el pueblo, sobre todo los niños de los colegios que portaban pancartas aludiendo a la margi-

nación que sufría aquella localidad en la que no se podían ver las citadas cadenas de televisión.

Hablando con el corresponsal informativo que había enviado la noticia al periódico, me dijo que jamás se había dado una protesta tan unánime en aquella pequeña población, con un índice muy alto de paro, en la que la única escuela que hay se caía a pedazos y en la que no existía prácticamente ningún tipo de infraestructura cultural o de servicios. La actitud de los vecinos me hizo pensar, ya que nunca se habían manifestado para recabar por parte de la Administración más ayuda para sus parados, para su escuela, para su biblioteca o para organizar actos culturales. Sin embargo, sí pedían la actuación de la Administración para acabar con ese problema que les impedía ver la televisión. ¿Es tan poderosa esa pequeña pantalla que hace que los niños sientan que algo les falta en sus vidas? ¿Se ha convertido este

instrumento en el único capaz de movilizar a las dormidas conciencias de los ciudadanos del fin de milenio? ¿Estamos convirtiendo la televisión en algo primordial para nuestros hijos como para hacerlos participar en -seguramente- la primera manifestación de sus cortas existencias?

Las estadísticas pueden ayudarnos a comprender el problema. Una reciente encuesta publicada por la editorial SM sobre los valores de los niños españoles indicaba que el 97,6% ve la televisión, el 52,2% le dedica más de tres horas diarias y un 14%, cinco o más de cinco horas. Sin embargo -y ahí está la sorpresa- un 82,3% prefería salir con los amigos o estar en la calle que permanecer sentados frente al televisor, un 74% jugar a juegos de mesa, el 72,1% hacer deporte y el 69,6% jugar con los amigos. Incluso esa encuesta revelaba que un 52,2% de esa población infantil estaría más satisfecha leyendo que ante la pequeña pantalla. La pregunta se hace necesaria y la plantea la inefable Lolo Rico en su libro *El buen telespectador*: ¿A qué se debe que el juego, los amigos, el deporte y la lectura se hayan convertido casi en imposibles aspiraciones, puesto que los niños, pese a preferirlos, se ven obligados a ver la televisión aún a costa de sus gustos y aficiones? Esta investigadora achaca a los padres y a los educadores en general el que el televisor -objeto inerte, si se quiere- esté ocupando en la mente de los pequeños la importancia que no debería tener. En cualquier medio, incluso en el escolar, prefieren hoy a los niños pasivos y apáticos, señala tras enumerar decenas de ejemplos en los que se manifiesta la tendencia de los padres a sentar a los niños ante el televisor siempre que

se quiere tranquilidad. «Me preocupa, señala L. Rico, que los niños huyan del frío y del calor, de la lluvia y del sol, de las alegrías y de los contratiempos de la vida para refugiarse ante una máquina que va a consumir vorazmente las imágenes que sus cabezas hayan generado, sustituyéndolas por otras, muchas

veces feas y desagradables, creadas por otros, para moldearlas con arreglo a necesidades y deseos impropios, para ir convirtiendo a los pequeños telespectadores, con el paso del tiempo, en adultos ajenos a sí mismos».

Soy periodista, y necio sería si no le encontrara a la televisión los valores informativos que tiene. Soy de los que piensan que la televisión tiene que aspirar a ser cada día más la imagen viva de lo que son los demás hombres. De los que creen que este medio tiene que resucitar la historia, que dar imágenes de los mejores textos de la literatura española, que recrear en la pantalla las mejores escenas de los grandes dramaturgos y que, en definitiva, descubriremos aquellos paisajes y espacios a

los que no podemos acceder físicamente. Soy de los que piensan que la televisión está haciendo mal descuidando la labor de formación que, modestamente, exigimos. Hay quienes piensan que nada debe esperarse de la televisión en la promoción y valores más altos que los que andan a ras de tierra, porque este medio es torpe y manipulador y con intereses comerciales más que otra cosa. Me niego a aceptar eso, por lo menos con las televisiones públicas. No soy el primero, ni seré el último -estoy seguro de ello- de pedir a esas televisiones que son costeadas con los esfuerzos de los contribuyentes, que ejerzan una labor docente o de instrucción-formación, que hasta ahora han

El problema está en que hay cadenas que olvidan alguna de las tres funciones que marca la UNESCO (información, entretenimiento y educación). Cuando las manifestaciones populares sean para protestar por la programación, será la señal más evidente de que empezamos a comprender la existencia de este medio.

eludido porque están más preocupadas por subir los índices de audiencia para vender más caros sus anuncios.

Hace falta una revolución ciudadana, pero no porque no se vea la televisión, sino porque deseamos otro tipo de televisión. Me acuerdo que una de las más importantes reivindicaciones de los intelectuales de la transición era el que se acabara de una vez por todas el monopolio de la televisión pública. Ahora la queja es que la televisión pública ha elegido los modelos de comercialización de la privada y se está vulgarizando de tal forma que es difícil encontrar en ella esa misión educativa y formativa que todos quisiéramos. Si se enseñan imágenes es para que alguien adopte frente a ellas una postura. Las programaciones de las distintas cadenas -no sólo en España, sino en todo el mundo- están pensadas sin ese ánimo de formación que los educadores exigen. De ahí ese urgente replanteamiento que necesita este medio de comunicación, ya que la televisión no tiene como único cometido la diversión.

«Aunque al público le encante el *striptease* o la demagogia política y anecdótica o los crímenes escabrosos y yo sepa que con programas de este tipo ganaría mucho dinero, jamás daría esos programas de forma obcecada en mi televisión, porque no podría mirar después en mi casa a los ojos de mis hijos». Esta frase es atribuida a uno de los magnates de la televisión americana que un buen día decidió dedicar gran parte de sus ganancias a producir programas de televisión para niños con el

único cometido de participar en la educación de los mismos.

Estamos de acuerdo con que la programación ideal no existe. Pero a mi juicio es necesaria aquella que tenga en cuenta suficientemente las tres funciones que le marcaban la UNESCO: información, entretenimiento y educación o formación.



Para el estudioso Gil de Muro, hay que mantener a igual distancia las posturas absolutistas que, incluso en la aparición de las nuevas televisiones privadas, han sido proclamadas en nuestro medio social:

- La postura de quienes consideran a la televisión como un espectáculo de evasión que alegra los ocios y aburrimientos de los hombres sumidos en la rutina de la vida cotidiana.

- La postura de quienes piensan que el fin primario de la televisión es la elevación cultural del hombre a la vista del panorama de analfabetismo a escala mundial y de los índices minoritarios de la cultura popular.

- La postura de quienes conceden a la pantalla una misión purista, meramente informativa.

El problema está en que hay cadenas que olvidan alguna de las tres funciones que marca la UNESCO. Cuando las manifestaciones populares sean para protestar por la programación, será la señal más evidente de que empezamos a comprender la existencia de este medio.

Andrés Cárdenas Muñoz es periodista y redactor jefe del diario «Ideal» de Granada.